

CAPITULO XXII.

MADAMA ROLAND.

Republicana á los nueve años con la lectura de las *vidas de Plutarco*.—Palabras de Madadama Roland.—Primera comunión.—Lectura sobre literatura é historia que despiertan sus primeras impresiones.—Nace en su alma la duda.—Su cristianismo se desvanece.—Vuelve á ser lo que la hizo su primera educacion republicana.—Para consolarse de la muerte de su madre lee á Rousseau.—Rousseau le esplica á Plutarco.—Se casa.—Su correspondencia epistolar.—Pormenores de su prision.—Sus ocupaciones.—Lee á Plutarco y á Tácito.—Quiere suicidarse.—Su muerte.—Elogios que se le hicieron.

La antigüedad pagana tan admirada en los colegios produjo entre los jóvenes toda una generacion de Brutos, Catones, Publicolas, Licurgos y Solones. Ofrecida á las mugeres jóvenes esta copa embriagadora produce Clelias, Porcias y Cornelias. No citarémos aquí mas que dos pruebas irrecusables. Madama Roland y Carlota Corday. De costumbres rígidas las dos y educadas

en una categoría muy superior á las regiones bajas donde vivieron las Theroigne de Mericourt, las Rosas Labcombe y tantas otras heroínas revolucionarias, se presentan ante la posteridad como el tipo perfecto de la muger republicana. Mas ¿cómo se volvieron estas dos francesas romanas y espartanas! Consultemos la historia.

Manon Philippon, posteriormente madama Roland, nació en Paris en 1756, de un padre artista y de una madre que á su encantadora figura reunia una alma celestial.¹ Dotada de un talento muy perspicaz y criada con el mayor cuidado y esmero, la niña aprendió pronto á leer. Desde el siglo diez y seis las *vidas de Plutarco* habian ocupado, entre la mayor parte de las familias, el lugar de la *Flor de la vida de los santos*. Las obras de Plutarco se encontraban de todos tamaños y al alcance de todas las fortunas. *Las vidas de Plutarco* fué uno de los primeros libros que pusieron en las manos de la joven Philippon, el primero que ella comprendió, y el último de que se olvidó. Plutarco fué su primer padre nutridor, el que formó su espíritu, su corazon, su carácter, su complexion moral. El lugar que habia ocupado en esta alma ardiente, jamas la perdió.

Oigamos á madama Roland cuando nos descubre ella misma este misterio, que proponemos á la meditacion de las madres de familia. "Plutarco, decia ella, parecia ser *el verdadero pasto que me convenia*. Nunca me olvidaré de la cuaresma de 1763 (tenia entonces nueve años) tiempo en que lo llevé á la iglesia, como si hubiera sido este libro un oficio de Semana Santa. DESDE ESTE MOMENTO DATAN LAS IMPRESIONES Y LAS IDEAS QUE ME VOLVIERON REPUBLICANA SIN SABERLO YO MISMA."²

1 *Memorias* de madama Roland, t. 1º que escribió durante su prision pocos meses antes de morir.

2 Id. etc, t. 1º p. 19.

Después de esta primera capa de cristianismo viene la siembra de las ideas cristianas. A los once años de edad ponen á esta niña de pupila en un convento. Sus buenas cualidades la hacen en breve sobresalir entre sus compañeras y sus maestras. Cuando llega el día de su primera comunión, la idea del sacramento que va á recibir la enternece de tal manera que bañada toda en lágrimas le es imposible llegar hasta el altar sin el auxilio de una religiosa que la sostiene para encaminarla á la sagrada mesa.¹

Esta viva impresión de piedad no se separa de ella ni aun después de habersalido del convento. Hallándose otra vez en el seno de su familia, lee con sumo placer la *Filotea de San Francisco de Sales*, y el *Manual de S. Agustín*. Mas á estas lecturas piadosas agrega ella otras literarias é históricas. Rollin, Crevier, el P. d'Orleans, Vertot, el P. Catron, intérpretes y admiradores de los antiguos, hacen revivir los sentimientos republicanos que depositara en su alma Plutarco. Se enamora cada vez mas de las repúblicas en que se encuentra mayor cúmulo de virtudes dignas de su admiración. Llega á preguntarse quejándose, porque no había tenido la dicha de nacer en ellas, figurándose que solo allí podía haber hallado un hombre digno de enlazarse con ella.²

“Como á los diez y seis años, dice ella, fui con mi madre á Versalles para ver la corte. Mi madre me preguntó si me agradaba este viaje.—Sí, le respondí, con tal que concluya pronto. Que pasen algunos días mas, y entónces será tan fuerte el odio que tengo á las personas, que estoy viendo que seré capaz de cometer una locura.—¿Pero qué mal te hacen?—*Veo la injusticia y contemplo á cada momento el absurdo!*”

“SUSPIRABA YO, PENSANDO EN ATENAS, DONDE HU-

1 *Memorias de M. Rolan etc.* p. 42 y 43.

2 *Id. id. t. I.* p. 119.

BIERA PODIDO ADMIRAR AL MISMO TIEMPO LAS BELLAS ARTES, SIN QUE ME HUBIESE OFENDIDO EL ESPECTACULO DEL DESPOTISMO.¹ ME PASEABA CON EL ESPIRITU POR LA GRECIA; ASISTIA A LOS JUEGOS OLIMPICOS Y ME DESESPERABA AL VERME FRANCESA. Encantada por tanto con el lado hermoso que me presentaban los buenos tiempos de las repúblicas, no hice caso de las tempestades que las habían agitado; olvidé la muerte de Sócrates, el destierro de Aristides, la condenación de Phocion. Ignoraba entónces que el cielo me reservaba para que fuese testigo de unos errores parecidos á aquellos de que fueron víctimas, y participase de la gloria de una persecución del mismo género, después de haber profesado sus principios.”²

A la vista de la civilización brillante y de las grandes virtudes de la antigüedad pagana, mirada á travez de un prisma falaz, se sorprende ella como tantos otros el preguntarse: ¿De qué sirve el cristianismo en el mundo? Su razón comienza á inquietarse acerca de los dogmas, y nace en ella la duda.³

En breve la jóven tan piadosa hacia poco, deja escapar estas palabras: “Es preciso confesar que la religión católica, que *sienta muy poco á un juicio sano* ilustrado por conocimientos, y que somete los objetos de su creencia á las reglas del raciocinio, es muy propia para cautivar la imaginación.”⁴ Sin embargo, permanece todavía fiel á sus prácticas de devoción. Se confiesa y se acusa de su excesivo deseo de diversiones, de sus distracciones, de su frialdad en sus ejercicios religiosos. “Iba yo dos ó

1 La mas dura esclavitud reinaba en Atenas, por consiguiente el mas bárbaro despotismo; la educación clásica ocultaba esto á la juventud.

2 *Memorias de Madama Roland etc.* t. I p. 107.

3 *Id. id.*, p. 109.

4 *Id. id.* p. 42.

tres veces al año, dice ella, á recibir la Sagrada Eucaristía, pensando en lo que habia dicho Ciceron, que despues de todas las locuras de los hombres con respecto á la Divinidad, ya no les faltaba mas que trasferirla en alimento para comerla.”¹

El cristianismo, que por decirlo así, formaba la corteza de esta alma, cae poco á poco bajo la accion de la duda, y el paganismo que fué su primer dueño, reinará en ella en lo sucesivo sin rival. Así como la planta se nutre de aire y de luz, así tambien él se nutre de cuanto rodea á la jóven, de cuanto ella ve y oye. “Mis padres, dice ella, tenían la costumbre de dar todos los domingos algunos paseos por el campo. Lo que mas me gustaba era el bosque de Meudon, aquellas soledades donde tenía mayor libertad para entregarme á mis meditaciones.

Cualquiera diria que en la educacion que recibí, y en las ideas que he adquirido con el estudio, se habia combinado todo para inspirarme el entusiasmo republicano, He aquí el motivo de que me apasionase por los reformadores de la desigualdad. Yo era Agis y Cleomenes en Esparta; yo era los Gracos en Roma; y hubiera echado en cara á mis hijos lo mismo que Cornelia, que solamente me llamasen negra de Escipion. Me habia retirado con el pueblo al monte Aventino, y habia votado por los tribunos.”²

Sin embargo, perdió á su madre, y su dolor fué visísimo. ¿Mas dónde irá á buscar consuelo? Acaso á los grandes pensamientos de la fé? No. A la escuela de los antiguos, en la que desgraciadamente se ha vuelto, como tantos otros, no solo republicana, sino filosófica. “La filosofía, dice ella, ha disipado en mí las ilusiones de una creencia inútil. Pero no ha destruido el efecto que causan ciertos objetos en mis sentidos. Puedo asis-

1 Id. id. p. 114.

2 Id. id. p. 135.

tir todavía con interés á la celebracion del oficio divino cuando se hace con gravedad. Olvido entónces el charlatismo de los sacerdotes, lo ridículo de sus cuentos, ó lo absurdo de sus misterios; y no veo mas que la reunion de hombres débiles implorando los ausilios de un Ser Supremo.”¹

Para consolarse de la muerte de su madre, la antigua discípula del convento se nutre con la Nueva Heloisa! “Tenia yo veintin años. Rousseau me hizo entónces una impresion comparable á la que habia hecho en mí Plutarco á los ocho años. Creí que era el alimento que mas me convenia, y el intérprete de los sentimientos que yo tenía ántes que él, pero que él solo podia explicarme. Plutarco me habia dispuesto para ser republicana; me habia inspirado el verdadero entusiasmo de las virtudes públicas y de la libertad. Rousseau me manifestó la felicidad doméstica á que yo podia aspirar.”²

Plutarco y Rousseau son su guía en la eleccion de esposo. “Ocupada desde mi niñez, dice ella, considerar las relaciones del hombre en sociedad; nutrida con la moral mas pura, familiarizada con los grandes ejemplos, ¿de qué me hubiera servido vivir con Plutarco y los demas filósofos, si habia de casarme con un mercader que no juzgaria ni sentiria las cosas como yo?”³

Pero existia un hombre de letras, filósofo, cronista, economista, que redactaba algunos artículos sobre manufacturas para la Enciclopedia. Llenaba sus escritos de citas y de ejemplos tomados de la historia antigua. “Nada extraño es, dice su biógrafo, que muriese como muchos de aquellos romanos que tanto gustaba de citar.”⁴ Este hombre se llamaba Roland de la Platière, y fué á quien mademoiselle Philipon dió su mano.

1 Id. id. p. 34.

2 Id. id. p. 196.

3 Id. id. t. I. p. 161.

4 Biografía universal, artículo Roland.

Estalla la revolucion, madama Roland y su marido ven en ella la realizacion de sus ensueños, y la saludan con entusiasmo. El 22 de Junio de 1790, madama Roland escribe de Lyon: "No ha querido el cielo que fuese yo testigo de ninguna de las grandes escenas que se han representado en Paris, y que me habrian llenado de placer. Me he desquitado entregándome con efusion á todos los sentimientos que han debido escitar en todas las almas sanas. Recuerdo con ternura aquellos instantes de mi juventud, en que alimentando mi corazon en el silencio del retiro con el estudio de la historia antigua, lloraba despechada por no haber nacido en Roma ó Esparta. Ya nada tengo que envidiar á las repúblicas antiguas, puesto que respiramos una atmósfera mas pura." ¹

Todas sus cartas reflejan la idea pagana que domina en su alma. La marcha de la revolucion le inspira temores, y no deja de inquietarse acerca de la sinceridad de la fidelidad republicana. Escribe: "Se encuentran bastantes Cicerones que salvarian á la república para vanagloriarse de ello, mas apénas se hallan Catones que la quieran salvar por lo que ella vale." ² En otra parte dice: "Espero de vuestras secciones sentencias vigorosas. Si engañan mi esperanza, creeré que no nos queda más que lamentarnos sobre las ruinas de Cartago. . . . ¿Qué haremos, pues, en semejante estado de cosas! Hundirnos en el retiro ó sacrificarnos como Decio." ³

Hablando del dolor causado por la muerte de Mirabeau, escribe: "Los Lameth han gemido á la manera que César cuando supo la muerte de Pompeyo." ⁴ Mas

- 1 Correspondencia de Madama Roland y de Bancel des Issarts, p. 8.
- 2 Id. id p. 89.
- 3 Id. Agosto, 1790; id. publicada en la Nueva Minerva.
- 4 Cartas autógrafas, p. 194.

adelante: "Brissot ha hablado en los Jacobinos; ha tocado la cuestion de la inviolabilidad del rey. No era un simple orador, era un hombre libre ¹ defendiendo la causa del género humano con la magestad del genio mismo de la libertad. Ha electrizado los corazones. . . . En fin, he visto encenderse el fuego de la libertad en mi patria! . . . Concluirán mis dias cuando quiera la Naturaleza." ²

Tales son sus sentimientos políticos. Veamos sus sentimientos religiosos: "Sin duda, dice ella, que las ideas religiosas, la creencia de un Dios, la esperanza de la inmortalidad so avienen muy bien con la filosofia, y le dan una base mas firme, al mismo tiempo que le proporcionan el mas bello complemento; pero la religion de nuestros sacerdotes no ofrecia mas que objetos de un temor pueril y prácticas miserables para suplir las buenas acciones. Consagraba por otra parte las máximas del despotismo en que se apoya la autoridad de la Iglesia. Luis XVI tenia miedo del infierno y de la excomunion; con esta cualidad era imposible dejar de ser un pobre rey." ³

Escribiendo á una amiga suya, le dice: "Sócrates aseguraba que tenia un espíritu familiar con el que se entretenia siempre ántes de tomar una resolucion importante, ó dar su opinion. Confieso que me contraria algo el encontrar esas pequeñas diabluras en la vida de los hombres grandes. Veo que sucede con el demonio de Sócrates lo que con las consultas místicas de Moisés en el tabernáculo, las conferencias de Numa con la ninfa Egeria, y con la paloma de Mahoma." ⁴

Ni la experiencia de los hombres, ni los desengaños

- 1 El apologista de las carnicerías de carne humana.
- 2 Correspondencia de Madama Roland, p. 287.
- 3 Memorias, p. 379.
- 4 Obras de recreo, t. III. p. 190.

de la vida, pueden dar un lenguaje ó sentimientos cristianos á esta alma de que Plutarco se habia apoderado primero, y que el Evangelio solo habia tocado ligeramente. En el momento de ser arrestada esclama: “¡Oh Danton! así es como afilas tus puñales contra tus víctimas. *Tan cruel como Mario, mas atroz que Catilina*, los supera en crímenes sin tener sus virtudes.”¹

“Habiendo entrado en la cárcel, hice un apunte de las obras que queria proporcionarme: EN PRIMER LUGAR LAS VIDAS DE PLUTARCO, QUE A LA EDAD DE OCHO AÑOS LLEVABA YO AL TEMPLO EN LUGAR DE LA SEMANA SANTA.”² “¡Ni un libro cristiano siquiera!”

“He sentido en mi encierro una verdadera *pasión por Tácito*, y no puedo dormir sin leer ántes algunos de sus trozos.”³

El disgusto de la vida y el recuerdo de su marido se apoderan de ella al entrar en la prision; deja escapar estas expresiones: “No puedo vivir sobre las ruinas de mi patria, prefiero quedar sepultada en ellas. *Naturaleza, abre tu seno*. Si volviese yo á nacer y fuese libre para elegir, no cambiaria de ideas: pediria á los dioses que me volviesen á hacer tal como me formaron. . . . Roland es justo como *Aristides*, severo como *Caton*; sus virtudes son las que le han atraido enemigos.”⁴

Así como acontece al hombre que se halla en la desgracia á orillas del sepulcro al recoger sus pensamientos y vivir de lo pasado, así tambien madama Roland encontrándose sola entre las cuatro paredes de su prision, se remonta hasta los dias de su infancia. Vuelve á recordar los objetos mas gratos á su corazon, y viéndolos desvanecidos, esclama: “En los impulsos de mi tierno corazon, lloraba yo á la edad de doce años *por no haber*

1 *Memorias*, t. II, p. 134.

2 *Id. id.*, p. 99.

3 *Id. id.*, t. I, p. 279.

4 *Id. t. I* p. 279 y t. II, p. 86 á 92.

nacido espartana ó romana. Me pareció descubrir en la revolucion francesa *la aplicacion no esperada de los principios con que me habia nutrido. . . . ¡Brillantes quimeras!*”¹

¡Oh Bruto! cuya mano atrevida en vano libertó á los romanos corrompidos, erramos lo mismo que tú! Esos hombres *puros* cuya alma ardiente aspiraba á la libertad, creyeron lo mismo que tú que con la caída de la tiranía iba á inaugurarse el reinado de la justicia; pero solo ha sido la señal para el desencadenamiento de las pasiones mas rencorosas y de los vicios mas horrorosos. Tú decias despues de las proscripciones de los triumviros, que lo que habia causado la muerte de *Ciceron* te ocasionaba mayor vergüenza que el mismo dolor de su muerte; reprobabas á tus amigos de *Roma* el que se hiciesen esclavos mas bien por su propia culpa que por la de los tiranos. Tal era la indignacion que yo sentia desde el fondo de mi prision.”²

En la narracion de su cautiverio vemos incesantemente no á la pupila del convento, sino á la discípula de Plutarco. “Habiendo venido Grandpré á verme en mi prision, le dije: “El ruido me ha despertado con frecuencia de noche, y me ha parecido oír tocar á rebato. —Otro tanto se me figuró á mí, pero no fué nada. —Será lo que los *dioses dispongan*; si he de morir, me matarán en esta cama.”³

“El sensible Champagneux me persuadió con instancia á que continuase mis *noticias históricas*, lo que hice para darle gusto, dejando por algun tiempo á *mi Tácito* y á *mi Plutarco*, que me servian de pasatiempo ó instruccion despues de comer.”⁴ Y para mostrar el grado del sacrificio que hacia, añade: “He adquirido por Tácito

1 *Memorias*, t. II p. 106.

2 *Id.*, t. I, p. 61.

3 *Id. t. II* p. 97.

4 *Id.*, t. II p. 142.

to una especie de pasión; lo vuelvo á leer por la cuarta vez de mi vida con un gusto siempre nuevo. *Lo aprenderé de memoria.* No puedo acostarme sin saboreármelas algunas páginas.”¹ Esto pasaba pocos días antes de su muerte!

Para hacer el elogio de Buzot, dice: “*Buzot profesaba la moral de Sócrates y conservaba la urbanidad de Escipion.* ¡Qué malvado! Con razón el íntegro Lacroix, el prudente Chabot, el afable Lindet, el reservado Turriot, el sabio Duroi, el humano Danton y sus fieles imitadores, lo declararon *traidor á la patria.* Mandaron arrasar su casa y confiscar sus bienes, como en otro tiempo condenaron á Aristides y desterraron á Escipion.”²

Le ocurre el pensamiento de escribir á Robespierre, y le escribe estos renglones: “Mirad cuál fué la suerte de los que agitaron al pueblo, le agradaron y lo gobernaron desde *Viscelino hasta César,* y desde *Hippon el arengador de Siracusa* hasta nuestros oradores parisienses. *Mario y Sila* proscribieron á millares de patricios, á un crecido número de senadores y á una multitud de desgraciados. ¡Han podido hacer callar á la historia, que relega su memoria á la execración de la posteridad!... Esta da á cada uno el lugar que merece, pero en el *Templo de la Memoria.* No por esto deja *Temistocles* de morir en el destierro, *Sócrates* en su prision, y *Sila* en su lecho.”³

Habiendo perdido hasta la última esperanza de salvarse, Madama Roland hace dos cosas cuyo modelo se encuentra en cada página de la hermosa antigüedad; se

1 Id. id. p. 250.

2 Id. t. I p. 164.

3 Id. id., p. 224 á 233. Santa Pelagia, 23 de Setiembre de 1793.

abandona al odio de sus enemigos. y toma la resolución de suicidarse.

Calumniadores abominables, esclama, solo comparables con aquellos insensatos que condenaron á *Sócrates*, con los envidiosos que perdieron á *Focion*, con los intrigantes que desterraron á *Aristides*, con los malvados que asesinaron á *Dion*, vosotros decís al pueblo: He aquí la libertad! Pero! vosotros la quebrantais... ¡Justo cielo! ilumina á ese pueblo cuya libertad deseaba yo tanto! La libertad no es mas que para las almas orgullosas que desprecian la muerte y *saben dársela oportunamente.*”¹

Por consiguiente, forma el proyecto de dejarse morir de hambre, lo abandona en seguida, y prefiere tomar opio: pide pues una dosis á una de sus mas íntimas amigas [Sofia Canet.] “Indudablemente, esclama uno de sus biógrafos, recordaban entónces la ciente de Sócrates y el hermoso drama de su muerte de la que habia bosquejado un estudio á la edad de veintidos años.”² Su amiga le contesta que *es mas digno* de ella esperar la muerte que dársela, que debe dejar la consumacion de este atentado á sus jueces.

Madama Roland adopta el consejo de su amiga, no sin haber discutido ántes á sangre fria la legalidad del suicidio, y haberse pronunciado por la afirmativa. “¿Es la vida un bien que nos pertenece? Creo que sí. Mientras veamos delante de nosotros un porvenir en que podemos practicar el bien y dar grandes ejemplos, conviene no renunciarlo. Pero si la malevolencia le pone un término, es *licito* anticipársele.”³

En fin, llega la hora de caminar al suplicio. No con-

1 *Memorias*, t. II p. 303 á 318. *Apuntes sobre mi causa*, t. II p. 387.

2 Lairtullier, *Mugeres célebres*, etc., t. I p. 353.

3 Id. t. II. p. 185.

tenta con haberse enseñado á pensar como los grandes hombres de Plutarco, á hablar y obrar como ellos, se les parece igualmente en la muerte. En su composicion titulada, *Mis últimos pensamientos*, dice: “Ser ó no ser, esta es la cuestion. Quedará pronto resuelta para mí.... ¡Divinidad, Ser Supremo, alma del mundo, tú que eres el principio de todo lo que siento de grande, de bueno y de feliz, tú en cuya existencia creo, me voy á reunir con tu esencia!”

“¡Adios, sol, cuyos brillantes rayos introducian la serenidad en mi alma cuando la trasportaban á los cielos! ¡Adios, campiñas solitarias, cuya vista me ha conmovido tantas veces! Adios, tranquilos gabinetes donde he nutrido mi espíritu con la verdad!”¹

Hecha esta recomendacion de la alma, la discípula de Plutarco sube á la fatal carreta. Habiendo llegado á la plaza de la revolucion, se inclina ante la estatua colosal de la *Libertad*, y pronuncia estas postreras palabras: “¡Oh libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!”

Así murió madama Roland víctima de su educacion, el 10 de Noviembre de 1793, el mismo dia que se celebraba la fiesta de la diosa Razon.

Al oír su sentencia de muerte, dijo: “Roland se matará.” Efectivamente, no bien hubo este sabido la muerte de su muger, cuando se apoderó de él una desesperacion sombría, salió de Rouen donde estaba escondido y fué á suicidarse al pié de un árbol. Le encontraron este papel: “Tú que me encuentres aquí tendido; quien quiera que seas, respeta mis restos. Son los de un hombre que empleó toda su vida en ser útil á sus semejantes, y que murió como vivió, virtuoso y honrado. En el momento en que supe que habian matado á mi muger, no quise

1 Laitullier, t. II p. 185, *Mugeres célebres*.

vivir por mas tiempo en un suelo manchado de crímenes.”

¡Llamarse virtuoso en el acto que se va á cometer el atentado á sangre fria! Qué virtud y qué moral! Qué subversion del sentido cristiano!

Hay otra mayor quizá: es la de los hombres que alaban semejante accion: “¡Se hallará cosa mas hermosa, esclaman los apologistas de madama Roland, que la conviccion de semejante simpatía, y la conciencia íntima de una union bastante grande entre dos corazones, para hacerles sentir que el momento en que uno muere será el instante en que concluirá la vida del otro?”¹ “Dos mugeres y un anciano sumergidos en el dolor, hablaban de la vida y de la muerte como hubieran podido hacerlo *Seneca* y *Traséas*. Roland se mató el 15 de Noviembre de 1793. Su muger, que quiso primero envenenarse, prefirió morir en el cadalso para dar un grande ejemplo.”²

Si los letrados de colegio no consideran para nada los preceptos del Evangelio, en cambio se estasian con los milagros producidos por la educacion pagana. Sus palabras son una prueba mas de que madama Roland no fué otra cosa mas que una jóven desgraciada seducida por los autores paganos. “La niña, dice Mr. Barrière, que se lamentaba á los catorce años de no ser espartana ni romana, no parecia pertenecer á la sociedad de su tiempo y de su patria.”³ *La Grecia y la Italia* estaban continuamente presentes á su imaginacion; vivia, por decirlo así, en medio de las repúblicas antiguas, admiraba la sabiduría de sus leyes, la fuerza de sus instituciones, la sencillez de sus costumbres. Su corazon se conmovia á

1 Id. id., p. 264.

2 Mr. Barrière. *Noticia sobre Madama Roland*. p. 49.

3 Pertenece exclusivamente á su educacion y á sus lecturas.

las solas palabras de gloria, patria y libertad. *Al recorrer la historia de los romanos y de los griegos, elevaba su alma á la contemplacion de cuanto hay de grande en sus virtudes, de altivo y heroico en sus acciones; conversaba con sus hombres ilustres, y entretanto, ocupada su imaginacion con los honores inmortales que concede la gratitud de los pueblos libres, no conoce mas que la gloria de Leonidas y los trofeos de Milciades; olvidaba el destierro de Aristides y la muerte de Focion. Cuando volvia sus ideas y sus miradas hácia la Francia, nada tenian que ganar su siglo y su país en la comparacion.*

“Esta alma nutrida con las obras de Plutarco, y que Plutarco no habria juzgado indigna de sus buriles, en ninguna parte se la ve subordinarse á los terribles acontecimientos que refiere. . . . Supo unir á los encantos de una francesa, las ideas republicanas de una muger de Esparta ó Aténas.”¹

“Tratándose de una hija del Tiber ó del Eurotas, formada por la educacion, fortalecida por las costumbres, exaltada por el ejemplo, que se haya elevado á las virtudes mas sublimes de su país, la posteridad comprenderá un heroismo que ve salir de tales elementos; pero que una muger que no tuvo jamas á la vista sino costumbres caseras, preocupaciones serviles, pueriles supersticiones, se halle lista de repente cuando llega la hora, he aquí lo que se le hará difícil creer” . . .²—“Los prodigios de firmeza de Madama Roland y el heroismo de su muerte, no me sorprendieron; todo se hallaba en armonía en esta mujer insigne. No solamente fué el tipo mas vigoroso de nuestra revolucion, sino tambien el mas fiel.”³

“La noble y hermosa libertad es la que ella desea,

1 Noticia, páginas 22, 23 y 24.

2 Lairtullier p. 365.

3 Agréguese: y la obra maestra de Plutarco.—Lemontey. Véase á Mr. Michelet. *Mugeres de la revolucion*, p. 171.

la libertad vestida á la antigua,¹ la elegante Eleuteria de los griegos con sus dos familias encantadoras que van y vienen Adeona y Abeona; la imponente libertad de Tiberio erigida en el monte Aventino en medio de las columnas de marmol.”²

A la vista de semejante aberracion, se turba la razon y se cae la pluma de las manos.

1 Por cierto que la libertad antigua estaba hermosa y bien vestida.

2 Lemontey. Véase á Michelet, p. 351.